guante que le arrojaba aquel partido innoble y presuntuoso que con la proteccion del trono creia poder aspirar á regir un pueblo que le aborrecia, figurándose en su ceguedad que aquel pueblo era impotente, por todas partes cundió la alarma, y las señales del desagrado general se presentaron por doquiera.

En Madrid causó la noticia una efervescencia súbita y general: por todas partes se oyeron gritos de indignacion, publicándose por todos los medios que la insurreccion era la única manera de salvar á las instituciones liberales del peligro que las amagaba. Dirijióse la multitud al Ayuntamiento pidiéndole se pusiera al frente de la sublevacion, y el municipio aceptó gustoso aquel compromiso patriótico y convoca á los batallones de la Milicia Nacional. Acuden ardorosos al llamamiento los milicianos y ocupan varios puntos estratégicos, entre ellos la casa de Correos. Por la tarde se trabó un combate en la plazuela de la Villa entre la escolta del capitan general Aldama y las tropas que le seguian, y de otro lado los milicianos del segundo batallon. El capitan general cayó á tierra, habiéndole muerto su caballo, y tuvo que retroceder con las fuerzas que le acompañaban, á escepcion de una compañia de cazadores que se unió á los milicianos insurrectos. Trasladáronse los concejales á la casa Panaderia en la Plaza de la Constitucion, y se constituyeron en sesion permanente, destituyeron á Aldama y en su lugar nombraron al general Rodil y para segundo cabo á Lorenzo. Reunidos luego con estos jefes y con la Diputacion Provincial y los comandantes de la Milicia, se formó una Junta provisional de gobierno, cuyos individuos fueron elejidos del seno del mismo Ayuntamiento.

Pronunciáronse á seguida espontáneamente la mayor parte de las tropas que formaban la guarnicion, y el general Aldama tuvo que refugiarse en el Retiro con las escasas fuerzas que le quedaron, saliendo al dia siguiente de Madrid por una puerta falsa. Fuerte la Junta provisional con los batallones de la Milicia, las tropas de la guarnicion y todas las demás que se hallaban en la provincia, y que acudieron á la capital á unirse á la insurreccion, se halló en un estado de defensa respetable, pues pasaban de veinte mil hombres bien armados los que se habian reunido, contándose entre ellos bastante fuerza de caballería y dos baterías completas de artillería.

En Valencia causó un gran terror la noticia de estos acontecimientos, y el Ministerio y la Reina trataron de arbitrar medios para oponerse á la revolucion; halláronse sin embargo impotentes si no recurrian á Espartero, y en su consecuencia éste fué llamado para que con su ejército marchase á sofocar la rebelion que orgullosa se alzaba en Madrid. El duque de la Victoria no podia sin olvidar los sentimientos rectos de su corazon y su anterior conducta, prestarse como ciego instrumento á los desatentados planes de un Gobierno impopular, nombrado contra su gusto, y á las exijencias de una Reina ingrata que tan marcado desaire le habia hecho en Barcelona. La contestacion que dió á Cristina fué en aquella ocasion noble y digna, como lo ha sido siempre su conducta.

«Los pueblos más considerables de la Monarquía, contestó, por medio de sus corporaciones, y la Milicia Nacional de muchos puntos habian acudido á mí, porque los títulos de gloriosos sucesos, que consolidaron el trono de vuestra escelsa hija, creyeron me habian de conceder la accion de hacer indicaciones

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación